

La ciudad: entre la libertad y la violencia

Ricardo García Duarte¹

Dices «Iré a otra tierra, hacia otro mar y una ciudad mejor con certeza hallaré. Pues cada esfuerzo mío está aquí condenado, y muere mi corazón lo mismo que mis pensamientos en esta desolada languidez. Donde vuelvo mis ojos sólo veo las oscuras ruinas de mi vida y los muchos años que aquí pasé o destruí».

No hallarás otra tierra ni otro mar. La ciudad irá en tía siempre. Volverás a las mismas calles. Y en los mismos suburbios llegará tu vejez; en la misma casa encanecerás. Pues la ciudad siempre es la misma. Otra no busques –no hay-, ni caminos ni barco para ti. La vida que aquí perdiste la has destruido en toda la tierra.

Constain Kavafis

Es cierto que la ciudad es violencia, pero también es libertad. Es, ante todo, un universo cuya formación supone un proceso. Es una producción social que toma impulso bajo condiciones históricamente determinadas.

Se trata de la construcción de un espacio físico y geográfico, el cual se redefine al mismo tiempo como espacio social. En él se configuran nuevas elaciones. No sólo las que se forjan entre grupos o colectividades, las mismas que brotan directamente del lu-

gar que cada uno ocupa en la producción, sino también aquellas que resultan del lugar que cada cual ocupa en el espacio físico. Es decir, no sólo las relaciones de clase, sino las de carácter individual; por ejemplo, las de los transeúntes o las de los vecinos. La redefinición sobreviene por oposición a las relaciones que se sedimentan en el mundo rural, mundo este que es, en un sentido, la antípoda del universo urbano.

La reconfiguración de las relaciones sociales que la ciudad provoca se debe a una paradoja propia del orden urbano. Dicha paradoja consiste en que la ciudad supone una

¹ Politólogo y Abogado. Ex - Rector de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas.



densificación enorme de las relaciones sociales y, sin embargo, una ruptura brutal de aquel vínculo orgánico que unía a los individuos. Elementos señalados cuando ya se presentaba el despliegue del reino de lo urbano por el mismo Max Weber quien mencionara que una ciudad en principio se caracteriza por que “las casas suelen estar muy juntas, por lo general, pared de por medio” (Weber, 1997, p. 938) o el apunte ya clásico de Wirth quien con fines sociológicos define una ciudad como “un asentamiento relativamente grande, denso y permanente de individuos socialmente heterogéneos” (Wirth, 1988, p. 164).

Esta definición es útil por su referencia a la diversificación, la cual quiere decir que en cada unidad de tiempo y de espacio se multiplican los intercambios sociales, tanto en número como en diversidad. La unidad de tiempo es, el área que se mide en metros cuadrados, no importa el sitio que sea; así había sido desde el despegar mismo de la ciudad industrial en el siglo XIX en el que los intercambios a través de sistemas de transporte habían incrementado y vuelto fugaces los encuentros entre individuos (Ortiz, 2000) y así ocurre en los albores del siglo XXI en el que las tecnologías de la información han afectado el espacio público de tal manera que casi que ha *virtualizado* los encuentros (García, 1996)

Así, en un día se dan muchas más compras de clientes en un almacén que en el pasado. O en el mismo espacio físico, pongamos por caso en un barrio, hay una diversidad increíble de vínculos familiares, cívicos, políticos o culturales. En la misma unidad de tiempo y de espacio crecen la cantidad y la variedad de intercambios sociales. Y estos últimos son las acciones y las reacciones con las que los individuos se influyen mutuamente. Cada acción tiene una manifestación material, pero tam-



bién su carga simbólica. Los intercambios lingüísticos simbólicos están dados por la existencia de símbolos comunes, como las luces cambiantes de un semáforo. Los intercambios lingüísticos permiten el entendimiento a través de signos sonoros o gráficos, que se fijan en torno a referentes comunes, como el nombre de una calle, es como lo mencionara si se tratara de “una imagen pública [perceptible] en cada ciudad que es el resultado de la superposición de muchas imágenes individuales” (Lynch, 2008, p. 67).

Son acciones materiales, son símbolos y significados que, cruzándose entre los individuos, traban las relaciones que constituyen el entramado social. Entramado que se vuelve más tupido con el surgimiento de la ciudad. Como espacio social, ésta hace más densas las relaciones; y como espacio físico, estrecha los contactos entre los grupos y los individuos.

La ciudad es la densificación de los intercambios y, sin embargo, es el espacio en el que se produce un efecto de separación de los vínculos sociales. La ciudad provoca un proceso de desintegración de los viejos vínculos mecánico-parentales, propios de la vida rural. En esta última se imponen las relaciones de orden comunitario donde cada persona está sometida rígidamente al



grupo, así lo notó al despegar el siglo XX el sociólogo alemán Georg Simmel quien escribía entonces que “la gran ciudad introduce en los fundamentos sensitivos mismos de nuestra vida moral, dada la cantidad de conciencia que reclama, una diferencia profunda respecto a la ciudad pequeña y el campo cuya vida, lo mismo sensitiva que intelectual, transcurre a un ritmo más lento, más habitual, más regular” (Simmel, 1986, p. 6).

La comunidad está entonces cimentada en la jerarquía que resulta de la preeminencia social, normalmente en cabeza del notable. Asimismo está cimentada en la fe religiosa. Quienes se desvían son fuertemente castigados con una sanción moral o con el marginamiento. (Weber, 1997)

De esta manera, no sólo el grupo social se impone con determinación sobre el individuo sino que, además, el grupo comunitario monopoliza el conjunto de intercambios sociales. Dichos intercambios sociales nunca se hacen desde la autonomía de los individuos, sino desde el código que el grupo familiar o comunitario impone. Por contraste, la ciudad ofrece un abanico de intercambios sociales que, en número y diversidad, sobrepasan con mucho los que ofrece el grupo familiar o comunitario. Los contactos se amplían por el mercado, a través del cual se desarrolla una amplia gama de relaciones comerciales y laborales; así como por una oferta cultural copiosa, en el despegue mismo de las naciones, tal como lo mencionaba Park, quien menciona que el viejo adagio alemán de “*el aire de la ciudad os hará libres*” recordaba aquellas ciudades libres germánicas las leyes otorgaban al siervo fugitivo la libertad siempre que hubiera podido respirar el aire urbano durante un año y un día (Park, 1999, p. 57)

Pero al mismo tiempo afirma Park que “las leyes jamás podrían liberar al artesano;

la existencia de un mercado abierto en el que poder vender los productos de su trabajo era condición necesario de su libertad, y fue la aplicación de la economía monetaria a las relaciones entre señor y trabajador lo que completó la emancipación del siervo” (Park, 1999, p. 58). La ciudad abre las posibilidades de intercambio de todo género, lo que supone un proceso de individuación. El esquema de densificación propone una afirmación de la identidad individual. El contacto del uno con el otro es mayor, pero también la independencia de ambos. Al mismo tiempo que se intensifican los contactos, incluso físicos, la afirmación del individuo y la independencia se hacen más sólidos.

La ciudad es el resultado de una previa descomposición de las estructuras comunitarias y familiares propias de la vida campesina. Dicha desintegración es el producto de la erosión en las estructuras agrarias, las cuales provocan los avances del mercado y del Estado (Weber, 1997).

La ciudad: recipiente del desarraigo

De otra parte, la ciudad implica el debilitamiento del control que tiene el grupo sobre el individuo; incluso hasta el punto de la atomización, lo que puede ocasionar sentimientos de desamparo.

Cuando cada unidad productiva rural se pone en contacto con el mercado, rápidamente se produce la ruptura de los lazos familiares y comunitarios. El mercado genera competencia comercial, que al penetrar en la vida campesina logra dos efectos: por una parte, el divorcio entre las personas y la propiedad sobre la tierra; y por la otra, la vinculación de muchos de ellos al mercado laboral (Simmel, 1986).



La expropiación de la tierra y los avances del mercado determinan procesos de migración. Estos procesos se convierten en los cinturones barriales de las metrópolis. Se produce así un crecimiento a través de ondas migratorias que, a manera de deslizamientos aluvionales, van formando los asentamientos humanos; ahora bien, hay deterioro de las relaciones propias del mundo rural, pero sin que los centros urbanos tengan la capacidad para incorporar las nuevas capas de la población. La consecuencia es la aparición de espacios en los que toman asiento relaciones fragmentadas, atravesadas por fenómenos de exclusión social, en ese sentido lo afirmaban Quijano quien asegura que “el uso de la ciudad no es jamás un uso igualitario, siempre es un uso parcial-desigual-discriminado: la forma de este uso depende de las formas a través de las cuales se ha desarrollado la ciudad capitalista en relación con la lógica general del capital” (Quijano, 1988, p. 789)

Las insuficiencias en el equipamiento infraestructural o en el de servicios, o las que se presentan en el orden de las relaciones simbólicas y culturales, que sólo permiten integrar a un número pequeño de los nuevos habitantes urbanos son, todas, causas que determinan el hecho de que no pocos de estos últimos se queden por fuera de los circuitos económicos, culturales o sociales en que se organizan las relaciones dominantes de una sociedad urbana. Ellos son circuitos propios de la actividad comercial o del mercado laboral, así como del mercado simbólico y de la circulación de valores de comportamiento. En esas condiciones, no es de extrañar que florezca y prospere la violencia.

La ciudad es, en cierto modo, hija de la violencia. O, al menos, lo es su crecimiento. Ella crece, en términos demográficos, como consecuencia del despojo que sufre una masa

campesina inmensa, que de esa manera se ve obligada a desplazarse hacia los centros urbanos. Es un despojo de carácter económico, por efecto de la expropiación paulatina venida de la concentración de recursos y de tierras por parte de agentes agrarios más competitivos; es también un despojo de orden cultural por la disolución de identidades y de códigos que unían a distintas comunidades rurales, sobre todo las pertenecientes a minorías étnicas. Y es, por último, un despojo hecho violencia; el cual consiste simple y llanamente en privar de la tierra a los grupos más vulnerables mediante la acción o la presión armadas. Por ello sirven el asesinato o la masacre, el chantaje o la extorsión.

Es con una identidad trizada que se produce su viaje de desesperanza a una ciudad en la que curiosamente también deposita sus esperanzas. La ciudad es la forzada despedida, pero también el encuentro. Es ausencia de identidad, pero también búsqueda incierta de nueva identidad.

El despojo es el padre de la migración y ésta, madre del crecimiento urbano. Por eso, en las raíces de este último, asoma su rostro de horror la violencia. Esta violencia precedente, la del campo, queriendo resanarse en la ciudad va a transmigrar, sin embargo, bajo otras formas, en ese espacio social que es el mundo urbano.

La ciudad, al recibir el aluvión repetido de migraciones en la que intervienen agentes anónimos y múltiples, se convierte en una caldera de desarraigos. La ciudad es, por excelencia, el recipiente del desarraigo.

Por ello es el receptáculo de las nostalgias, aunque también lo es del empuje optimista. Es el lecho del sueño perdido, pero también el horizonte que se ofrece con posibilidades mil. Entre la nostalgia, que es un sueño perdido, y el horizonte, que es una



El despojo es el padre de la migración y ésta, madre del crecimiento urbano. Por eso, en las raíces de este último, asoma su rostro de horror la violencia.

apuesta de ganancia incierta, se cocina en cada quien un mundo de sentimientos cambiantes. Aunque también, se teje un sinfín de estrategias de afirmación, de destrucción o de ambas a la vez. En esa búsqueda ansiosa hay destrucciones para poder afirmarse; hay resistencias para poder 'integrarse', aunque con ellas cada una termine por desintegrarse a otros. En ese tránsito agitado que va de la nostalgia a la búsqueda, cada agente social constituye su margen de acción para echarle mano a una cuota de esos recursos; toda vez que hay escasez pero también movilidad de ellos. En ese terreno, la violencia encuentra posibilidades de ejercicio apoyada en unos sentimientos quebradizos de identidad, y en las estrategias racionales que muchos ponen en marcha para el despojo de otros, asegurando así una ganancia espuria o la simple supervivencia.

A la ciudad llegan, por fuerza, todos los que han visto rotas sus raíces, las de su sangre y las del suelo; las de la fe y las del grupo. Son raíces que definen una entidad, aquellas pro medio de las cuales una persona se reconoce a sí misma y se reconoce, al mismo tiempo, en una determinada estructura social.

La desintegración del mundo social y la subsiguiente migración urbana implican una descomposición de las identidades. En ese sentido, la ciudad pasa a ser un espacio para las ausencias de identidad. Allí llega el que ya no atina a reconocerse completamente; o por lo menos no dentro de un universo cul-

tural más o menos coherente. Su identidad, si no se pierde, se vuelve trizas. Es con una identidad trizada que se produce su viaje de desesperanza a una ciudad en la que curiosamente también deposita sus esperanzas. La ciudad es la forzada despedida, pero también el encuentro. Es ausencia de identidad, pero también búsqueda incierta de nueva identidad. Bajo esa perspectiva también la ciudad es un itinerario. Ella, que parece ser solo la llegada del camino es en sí misma, culturalmente hablando, un camino: el de la identidad perdida hasta la nueva identidad. El mismo que se recorre desde la identidad perdida hasta la nueva identidad social que se ofrece invisible en el nebuloso horizonte de lo urbano.

La ciudad: el espacio de la libertad

En la ciudad caben todas las posibilidades en materia de conductas. Unas que se orientan en el sentido de la disciplina social. Otras, en cambio, resultan completamente disfuncionales aunque representen una afirmación individual. Es el margen en el que proliferan las anomias, las conductas huérfanas de sujeción normativa; las que crean rupturas sociales al menudeo. La anomia se traduce aquí en desadaptación o en choque frente a las normas aceptadas o en transgresiones permanentes a las estructuras codificadas. En esa atmósfera de transgresión no transformadora brota como conducta, en multitud de agentes no integrados, la violencia urbana.

En la ciudad coincide la carencia de unos con la proximidad de los recursos, y también con imaginarios culturales favorables a la ganancia egoísta y a la autosatisfacción fácil de otros. En esa amalgama de elementos brotan, como el hongo después de las lluvias, las conductas anómicas de la transgresión y



del desespero, lo mismo que las estrategias individuales del saqueo o del despojo. En la ciudad, la exclusión y la riqueza se cruzan; la integración y la marginalidad se rozan, en una cercanía geográfica ineludible, por lo que las posibilidades de violencia anónima se multiplican. Esta es una hidra que brota en mil cabezas; en el robo y el atraco, en el asesinato y la reyerta. En cuanto es urbana, la violencia se incorpora a la sociedad como un entrecruzamiento de estrategias que intercambiando recursos al detal o al por mayor desintegran continuamente el tejido social. El cual, sin embargo, se recompone siempre por las posibilidades de libre integración que supone la ciudad.

Porque ésta no sólo incorpora naturalmente en su paisaje la violencia ubicua, dadas las cercanías y los avecindamientos forzados que provoca en medio de las desigualdades; también incorpora la libertad como la condición necesaria para que dichas cercanías y para que tales avecindamientos, forzados por la aglomeración prosperen, se amplíen y se enriquezcan con una variedad de los vínculos entre los agentes sociales.

La ciudad es el espacio social que presenta las condiciones propias para que adquiera validez el estatuto individual del sujeto. La condición de individuo encuentra en ella, en las relaciones que la habitan, las posibilidades para desarrollarse. En la medida en que cada persona puede desarrollarse más intensa y continuamente con otras, en principio extrañas, puede afirmarse más como individuos que establecen tales vínculos por sí mismo y no a través de grupos superiores, no a través de la familia, del notable o de la iglesia.

Es cierto que en la ciudad cabe la supervivencia de tales tutelajes superiores, pero también lo es, que ella, por su naturaleza, ofrece elementos sociales para que dichos tutelajes



se disuelvan o se desplace a un lugar de supervivencia simbólica con influencias secundarias. Inscrita cada persona en la red de múltiples relaciones, cada día está más obligada a conducirse por sí misma, a tomar sus propias decisiones, a la vez que encuentra los apoyos necesarios para ese efecto.

Y encuentran estos apoyos, gracias a la difusión y a la fuerza que en la ciudad deben alcanzar las relaciones de mercado. La ciudad moderna no puede entenderse como un simple conglomerado de gentes, en múltiples encuentros, que se relacionan más o menos de modo artificial, sin un soporte material lo suficientemente amplio. Ese soporte material lo da el conjunto de intercambios económicos. Una ciudad moderna no es un simple cascarón de infraestructura, habitadas por gentes cuyas vidas están más o menos artificialmente subsidiadas por el Estado. Por el contrario el vínculo entre ciudad e intercambios económicos es la razón inicial para entender el espacio urbano como ciudad moderna, que de ese modo adquiere vitalidad, pero también la calidad de hábitculos de individuos libres, con capacidad para orientar sus vidas por sí mismos.



La ciudad es, por excelencia, la concentración de los intercambios económicos, entendidos éstos de manera amplia, no bajo el estrecho marco de 'comprador y vendedor', sino como sistema en que el comprador y el vendedor incorporan simultáneamente elementos culturales que los hace sujetos más o menos libres de escogencia económica (Park, 1999). De ese modo, la ciudad es el espacio social en el que concentrándose la actividad económica, proporciona a sus habitantes la posibilidad cierta de una relación creciente con los demás, a través de las decisiones originadas en los impersonales vínculos del mercado, no en los 'primarios' de la sangre o del notablato social (Simmel, 1986).

La ciudad ha sido el lugar para la concentración de las actividades económicas. En éstas los movimiento de las personas se acercan y se estrechan entre sí. Así sucede con los trabajadores en la fábrica, con los dependientes en el comercio o con los pasajeros que se aprietan en el vehículo de transporte que los lleva de la casa al lugar de trabajo.

Con este roce continuo, con este contacto permanente, el mismo que se tiene con 'extraños' más allá de la estructura familiar o del estrecho vínculo de la vecindad, la ciudad crea forzosamente un amplio y enriquecido espacio de relaciones públicas. Relaciones repetidas y sistemáticas con otras personas, con las que el vínculo es abstracto, impersonal y no de carácter 'mecánico' en el sentido que Durkheim le da a este término, de relaciones 'tradicionales', 'obligatorias' y 'superiores' del término. La ciudad crea y reproduce con intensidad el espacio de las relaciones interpersonales de carácter público. En ese sentido, la ciudad moderna crea al hombre público. Al hombre que continuamente se entiende con los demás, en la ca-

lle, en el bus o en la fábrica y que aún siendo más débil que el 'otro', en términos de poder material, lo hace en condiciones de igualdad. La ciudad es el lugar en que todos deben ser iguales en las relaciones que se establecen en el mundo público, más allá de cada hogar; más allá de cada obediencia ancestral. Es el hombre público creado por la ciudad, que es el espacio por excelencia de las relaciones que se ubican más allá de lo privado (Sennett, 2002). Se trata de un individuo de naturaleza pública, en el sentido social de la palabra; es decir que durante la mayor parte de su jornada establece vínculos interpersonales, más allá de las estructuras primarias en las que está inscrito. Es un hombre público que se construye como 'ciudadano' en el sentido de habitante de la 'ciudad'.

Sus continuas relaciones con "extraños" circulan y se reproducen gracias a las normas que son aceptadas por todos o por la mayoría. Son las normas con las que se hace visible la vida de 'ciudadanos' que se cruzan por las calles o que se apiñan en los buses. Normas que, en consecuencia, le dan categoría de permanente al carácter de 'público' que adquiere el hombre de las ciudades.

Ahora bien, las ciudades son organizadas, e incluso, diseñadas a fin de refrendar el carácter público de tales vínculos contraídos y repetidos a diario entre sus habitantes. Las calles desembocan en plazas; y en el marco que estas ofrecen, o en sus alrededores, se levantan edificios en los que tiene sede la autoridad pública; la misma que manifiesta la presencia del Estado y garantiza el cumplimiento de las normas.

La ciudad no es sólo la sede de la autoridad y la presencia de las normas. Es también y sobre todo, la multiplicación de los intercambios culturales, económicos y sociales, de carácter público. La autoridad y la norma



confirman la presencia de tales intercambios, que son los que hacen de la ciudad un lugar moderno un espacio vivo cambiante y democrático.

De esa manera, la ciudad, proporcionando las condiciones para que se desarrolle el mundo social en el que se estructura el “hombre público”, aquel que se afirma en la calle o en la empresa, y también en el autobús de transporte colectivo, induce y garantiza asimismo las condiciones para las

relaciones públicas, en el sentido político propiamente dicho. Esto es: para que sus habitantes atiendan al interés general, para que se inquieten por los asuntos públicos. Para ello está la discusión y el debate.

En la medida en que la ciudad siga siendo lugar de deliberación, de participación y de encuentro democrático, será menos un puro espacio ‘vacío’, apto sólo para normas que cumplir autoritariamente. Será menos, también, lugar de violencia incontrolada.



Bibliografía

- García, N. (1996) Público-Privado: la ciudad desdibujada. En: *Revista Alteridades*, 6, 5 - 10 México D.F.: Universidad Autónoma de México.
- Lynch, K. (2008) *La imagen de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Park, R. (1999) *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Quijano, A. (1988) *La formación del universo marginal en las ciudades de América Latina*. En: M. Bassols, R. Donoso, A. Massolo, A. Méndez (Compiladores) *Antología de sociología urbana*. México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Sennett, R. (2002) *El declive del hombre público*, Barcelona: península.
- Simmel, G. (Enero – Marzo 1986) Las grandes ciudades y la vida del espíritu. (Traducción: Héctor Manjarrez) En: *Cuadernos Políticos*, 45, 5 – 10. México D.F.
- Weber, M. (1997) *Economía y Sociedad*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Wirth, L. (1988) *El urbanismo de un como modo de vida*. En: M. Bassols, R. Donoso, A. Massolo, A. Méndez (Compiladores) *Antología de sociología urbana*. México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.